

LA VICTORIA DE CLINTON Y NOSOTROS

César Arias Quincot

RESUMEN

El artículo empieza por referirse a la fórmula triunfadora en las últimas elecciones de Estados Unidos, destacando el hecho de estar conformada por dos hombres jóvenes que han vivido intensamente los cuestionamientos de una generación que, pese a ser la más próspera de Estados Unidos, fue capaz de cuestionar las injusticias y defectos de la sociedad; así como de cuestionar la política exterior de su país. Mas adelante, se hace una breve historia de la evolución del sistema político norteamericano; el surgimiento de la *nueva derecha* y la reacción ante ella: la victoria de Clinton. En el acápite final partimos de nuestra situación: de la incapacidad que existe entre nosotros para evaluar el contexto internacional. Asimismo, nos referimos a nuestra histórica *tentación autoritaria* que hace más difícil una fructífera relación con el vecino del norte.

ABSTRACT

This article begins with a look at the winning formula in last year's U.S. presidential elections, in particular at the fact that the victors were two young men who prevailed through the fierce questioning of a generation which, despite being the most prosperous in the United States, still managed to doubt the injustices and failings of their society and their country's foreign policy. It then gives a brief, historical account of the evolution of the U.S. political system; the rise of the new right and the reaction to it: Clinton's victory. The final part of this study deals with our own situation: our inability to judge the international situation. In addition, the author examines our own historical *authoritarian tendency* which makes fruitful relations with our northern neighbour more difficult.

La victoria de Bill Clinton simbolizó los cambios que Estados Unidos (EEUU) ha sufrido en las últimas tres décadas; el candidato triunfador fue un hombre joven, nacido luego de la Segunda Guerra Mundial, representante de aquella generación que tuvo uso de razón en los conformistas y conservadores años 50; que sintió en su adolescencia el impacto de "magia Kennedy" y pudo escuchar y, quizá admirar, un discurso menos auto-complaciente y más capaz de pedir sacrificios, audacia y espíritu creador; fue una generación que descubrió la profunda injusticia del racismo, que pudo vibrar con las protestas contra la segregación institucionalizada, que fue capaz de cuestionar la guerra de Viet-Nam y, con ella, muchos de los elementos de la tradicional política norteamericana hacia el Tercer Mundo. Esa generación que por primera vez llega a la Casa Blanca, es también aquella que posee el más alto nivel educativo en la histo-

ria de los EEUU; al mismo tiempo es el grupo humano que participó en las protestas destructivas y radicalizadas en los campus de toda Norteamérica, que sufrió la permisividad frente a las drogas y la denominada "revolución sexual". De todo ello, ¿Qué es lo que queda en los líderes políticos de esta generación?

A juzgar por lo que podemos conocer del discurso político, no sólo de Clinton y Gore, sino de la mayor parte de los líderes políticos de la generación joven y que han asumido puntos de vista progresistas; esta herencia se puede resumir así:

una interesante preocupación por el problema ecológico; una capacidad para reconocer aquellos aspectos que no marchan bien en la sociedad, teniendo disposición para cuestionar algunos de los más caros valores tradicionales; y, en política exterior, un tono más moral y, por ende, una interesante prioridad en

temas como la democracia y el respeto por los derechos humanos.

En EEUU existe una natural tendencia a la auto-complacencia y al conformismo, ello es producto de los indiscutibles éxitos del sistema económico y el modelo político; a ello hay que añadir un factor más: el sistema electoral norteamericano que, objetivamente, margina a los sectores menos favorecidos¹.

Un análisis de los procesos electorales norteamericanos muestra que el abstencionismo es muy elevado; en las últimas décadas bordea el 50%. La participación electoral de los norteamericanos es inferior a la de los canadienses, los británicos y muy inferior a la de los franceses e italianos.

Las razones no son fáciles de detectar, pero podemos citar los elementos objetivos: el voto es voluntario; el proceso electoral se realiza en día laborable; para poder votar es necesario realizar un trámite previo.

Todos estos factores contribuyen a que el nivel de participación sea bastante elevado entre los blancos, anglo-sajones, con nivel de educación superior e ingresos por encima del promedio y, en cambio, exista un gran ausentismo entre los negros, los hispanos, los trabajadores manuales y, en general, los sectores marginados de una sociedad próspera y que, por ello, tienden a ser menos auto-complacientes².

Coincidiendo con lo señalado en el párrafo anterior algunos analistas norteamericanos manifestaron el mismo día de las elecciones, que una de las razones del triunfo del candidato demócrata era la gran afluencia de votantes; señalándose también que una mayor concurrencia de negros a las ánforas fue un factor importante, debido a que en varios estados sureños alrededor del 90% de los negros votaron por Clinton³.

De Los "Padres Fundadores" a la "Presidencia Imperial"

Los fundadores del nuevo país que nació en 1776 quisieron aplicar, con notable sentido pragmático, el modelo clásico de la teoría liberal, es decir, la división del poder. Los tres

poderes del Estado debían equilibrarse mutuamente para que ninguno de ellos pudiera crecer demasiado en influencia y avasallara a los demás, porque esto sería el inicio de la tiranía.

El poder legislativo era una asamblea bicameral; sobre esto había ya un modelo: en Gran Bretaña, el parlamento tenía dos cámaras y ésta fue la inspiración que tuvo, según algunos, el autor de *El Espíritu de las Leyes*. Es necesario recordar que, históricamente, el sistema federal no fue la concesión de un poder central fuerte; sino que EEUU nació de la voluntad de unión de 13 entes que decidieron, vía sus representantes elegidos, no sólo liberarse de Gran Bretaña, sino constituir un nuevo país; desde ese instante el poder central tuvo que enfrentarse a la fuerza de los particularismos estatales. Ésta es una de las explicaciones de la representación estatal del Senado (dos senadores por estado, dejando de lado toda relación con el número de electores).

El poder ejecutivo, en el viejo continente, era concebido por muchos como el poder del rey que, al desaparecer el absolutismo, dejaba de ser legislador y suprema instancia judicial. En EEUU se entregó a un personaje inexistente en las anteriores experiencias republicanas de la civilización occidental: Cronwell fue *Lord Protector* y tuvo poderes casi omnímodos; en Roma existieron los dos cónsules y, en situaciones de grave emergencia, el dictador; en Atenas no hubo nada parecido a una figura que lidera el Estado. Los norteamericanos crearon la figura del Presidente de la República, Jefe de Estado y, al mismo, tiempo Jefe de Gobierno.

El Presidente administra el gobierno teniendo como parámetros las leyes que aprueba el Congreso; pero el Presidente no tiene un gabinete, es decir, no hay un cuerpo colegiado que gobierna con él; los ministros se llaman *secretarios* y la palabra indica su relación con el Presidente. El sistema fue concebido como presidencialista, pero el poder del mandatario estaba limitado no sólo por el legislativo, sino por la autonomía de los estados que, hasta la primera mitad del XIX, defendían sus fueros con gran fuerza.

A inicios del XIX se sentó una tradición que le dio un gran poder a la Corte Suprema: a

partir de un proceso particular, quedó establecido que la Corte Suprema definía la constitucionalidad de las leyes; esta función era más importante que lo que se puede imaginar hoy en América Latina, debido a que la Constitución de los EEUU es una Carta muy breve y genérica que se limita a definir, en términos generales, los poderes del Estado; recién la primera enmienda señaló los derechos de los ciudadanos; tomando en consideración también que la Constitución es difícil de modificar, el poder político que adquirió la Corte Suprema no era desdeñable.

Al desarrollarse la economía de Norteamérica, incrementarse el número de habitantes, crecer las ciudades y hacerse más activa la política exterior de EEUU el poder del Presidente fue creciendo de manera casi imperceptible.

El proceso se aceleró cuando sobrevino la gran crisis (1929) y el Presidente Roosevelt decidió iniciar una nueva política destinada a superar la depresión y a convertir a EEUU en una potencia de tipo militar destinada a defender al mundo de la amenaza totalitaria del fascismo⁴.

La institución de la presidencia era concebida originalmente como la simple cabeza de la administración; ese Presidente era elegido en un proceso electoral de carácter marcadamente elitista donde participaban las personas instruidas y que, además, eran propietarias. Un cambio muy importante se efectuó durante la presidencia de Jackson, un líder popular de Tennessee, un estado nuevo "de frontera" donde los valores culturales eran distintos y la sociedad era menos elitista.

Un liderazgo popular y de estilo "populista" o "populachero" comenzó a generalizarse entonces, las campanas virulentas, el rol político de la prensa sensacionalista, la aparición de las convenciones y del sistema de elecciones primarias (originalmente éstas se realizaban en muy pocos estados), fueron consecuencias a mediano y largo plazo del estilo político que se inició con Jackson.

Luego de la I Guerra Mundial, triunfó en EEUU una concepción aislacionista. Se trataba de un tipo de actitud muy arraigada en la

tradición norteamericana; al fin y al cabo el "padre de la Patria", había recomendado a sus conciudadanos no mezclarse en conflictos ajenos. Una de las razones del desarrollo norteamericano durante el siglo XIX fue la inexistencia de grandes conflictos armados y el pequeño gasto militar.

La década de los 20 fue aislacionista, se rechazó la participación en la Sociedad de las Naciones y se trató de concentrar la atención del Departamento de Estado en las áreas de directo interés económico o geopolítico, tales como El Caribe o América Central.

En el plano interno, la década de 1920 fue un período de gran crecimiento económico de una especie de "revolución del consumo" que transformó el modo de vida de la clase media; se inició un lento proceso de emancipación de las mujeres y se logró imponer una nueva cultura "norteamericana" a los hijos de inmigrantes⁵. Esta década fue también tristemente célebre por la prohibición, medida que favoreció objetivamente a las mafias de inmigrantes organizados para delinquir; fue también una década conformista, cuyos dirigentes políticos provenían fundamentalmente del mundo de los negocios y fueron tachados por la mayoría de los intelectuales del período posterior de "filisteos", "vulgares", "prosaicos" y "egoístas".

El sueño de un país próspero gracias a la empresa privada en el cual el gobierno intervenía lo menos posible; de una sociedad en la cual los hombres "de éxito" eran los llamados a gobernar; de una Norteamérica que se daba el lujo de despreciar a Europa, se derrumbó violentamente en octubre de 1929. Se pasó del ingenuo optimismo a la depresión; los héroes de ayer pasaron a ser los villanos; se comenzó a escuchar la voz de los postergados y los descontentos. Los prosaicos, filisteos y conformistas cedieron el lugar a los idealistas, a los críticos y a los intelectualizados.

Roosevelt no era un "hombre de éxito"; por el contrario, nació rico y en una familia influyente e ilustrada, tuvo excelentes escuelas y una mejor educación superior; tenía el tiempo y la posibilidad de cuestionar un orden que lo favorecía. Como no tuvo que luchar para ascen-

der, era despreciado y odiado por aquellos que se levantaron poco a poco hasta la cumbre⁶. El nuevo Presidente buscó intelectuales y personas que desearan transformar la sociedad dentro de un esquema nuevo. Los objetivos eran bastante ambiciosos: superar la recesión y reiniciar el crecimiento de la economía; redistribuir el ingreso para incrementar el número de consumidores y hacer más sólido el sistema, evitando el desarrollo de movimientos izquierdistas o fascistas; lograr una activa participación de EEUU en los asuntos mundiales, impidiendo la hegemonía de las potencias totalitarias y expansionistas.

Para realizar estos ambiciosos proyectos era necesario transformar el poder ejecutivo.

A partir de Roosevelt se desarrolló ampliamente lo que se conoce como el "*poder personal*" del Presidente, es decir, el desarrollo de una burocracia que no depende de las secretarías, sino que está directamente subordinada al Jefe de Estado. En política exterior, la guerra transformó totalmente la estructura del poder ejecutivo: al lado de los ministerios o secretarías, aparecieron y se desarrollaron en las décadas siguientes una serie de organismos que, al no pertenecer a ninguna secretaría, dependen directamente de la Casa Blanca: los asesores de seguridad nacional que, en algunas ocasiones operaron como una "Secretaría de Estado Paralela"⁷. El Dr. Kissinger relata como, en su opinión, el Presidente Nixon escogió al abogado William Rogers como Secretario de Estado justamente porque este último no sabía casi nada de política exterior⁸. De este modo, la Casa Blanca dirigió las negociaciones secretas con China sin que el Sr. Rogers supiera nada.

Hubo un hecho objetivo, al margen de la voluntad de Roosevelt y sus sucesores, que aceleró la marcha hacia un poder presidencial mucho más fuerte que el historiador Arthur Schlesinger, asesor del presidente Kennedy, denominó "*presidencia imperial*"; este hecho objetivo fue el rápido compromiso de EEUU con el mundo, es decir el fin definitivo del aislacionismo. Kissinger decía que los EEUU llegaron a ser super-potencia casi sin proponérselo, porque el aislacionismo tenía mucha fuerza en la mentalidad norteamericana hasta la década de

1940⁹. Roosevelt tuvo que actuar con mucha astucia en las elecciones de 1940 para no decir lo que realmente pensaba y ser reelecto; el pueblo quería estar al margen de la guerra y el entusiasmo bélico llegó gracias a la agresión japonesa.

La guerra y luego la guerra fría obligaron a que creciera el aparato del gobierno federal, las FFAA se multiplicaron y el "complejo militar industrial" adquirió dimensiones monstruosas; esto implica de hecho una cuota mayor de poder en manos del Presidente. De otro lado, la guerra fría se hizo casi permanente y obligó a una serie de transformaciones en la organización del Estado: por ejemplo, los servicios de inteligencia no sólo se desarrollaron cuantitativamente, sino que el Presidente asumió la potestad de ordenar "operaciones encubiertas" en países tan diversos como Irán, Chile, Brasil, Viet-Nam o Guatemala.

De este modo, a partir de mediados de los 70 se criticó fuertemente la "presidencia imperial" y se trató de limitar el poder presidencial; este tema salió de la agenda gracias al optimismo de los 80 en las instituciones y el sistema norteamericano.

La pregunta de hoy es: ¿Cómo se verá por la élite influyente de hoy, el gran poder presidencial en manos de Clinton y en el contexto mundial de la post guerra fría?

Del New Deal al Reaganismo

Para comprender el sentido del triunfo de Clinton en una perspectiva histórica es interesante comprender cómo en la década de 1930 se impuso un "proyecto nacional" centrado no sólo en la activa intervención norteamericana en el mundo, sino en una reforma del capitalismo a través de la intervención del Estado, utilizando vías como la obra pública, los impuestos, formas atenuadas de planificación concertada (en proyectos regionales). Con el transcurso de las décadas, poco a poco, el gobierno federal incrementó su participación en la sociedad buscando resolver "problemas" mediante proyectos de ayuda social o desarrollo.

El problema racial no sólo fue enfrentado mediante leyes que integraban los servi-

cios públicos y permitían el voto de los negros, sino buscando una mejor educación para los marginados niños negros, sacándolos del gueto (programa "bussing") e imponiendo cuotas de grupos marginados en los empleos ligados al gobierno federal. A esto se sumó el intento del Presidente Johnson de eliminar la pobreza ("gran sociedad").

La esencia del proyecto "rooseveltiano" consistía en una especie de "capitalismo con rostro humano"; es decir, se mantenía la esencia de un sistema considerado positivo, pero se lo humanizaba para fortalecerlo. Esta humanización implicaba el fortalecimiento de los sindicatos; política impositiva con sesgo redistributivo, abundancia de programas sociales y apoyo a los grupos marginados de la sociedad. La intervención del Estado, en no pocos casos, contribuyó a que las empresas privadas hicieran grandes negocios.

Pese a ello, tanto Roosevelt como Kennedy, eran detestados por la mayoría de los hombres de negocios¹⁰. Al margen de los elementos subjetivos, el modelo se mantuvo debido a sus éxitos indiscutibles; sin embargo, a partir de la década de 1970 se generalizó una crítica muy fuerte a la herencia del "new deal" y un deseo de retornar al capitalismo sin freno de las décadas anteriores.

La razón fundamental de ello fue un cambio en la situación objetiva: la no-convertibilidad del dolar decidida por Nixon en 1971; la crisis energética y sus secuelas económicas; la sensación de vulnerabilidad ante los miembros de la OPEP; el incremento del poderío militar soviético; la derrota en Indochina; todo ello motivó serios cuestionamientos.

La crítica no sólo se centró en la economía, aún cuando este aspecto tuvo importancia; el cuestionamiento abarcó desde los valores sociales, hasta la política exterior. La corriente intelectual que generó un nuevo estado de ánimo llevó a la presidencia a Ronald Reagan. Los intelectuales "neo-conservadores (como I.L. Kristol o Daniel Bell) consideraron que no existía una alternativa real al sistema liberal capitalista; que el siglo XX había demostrado que todos los intentos de construir esas alternativas mostraron ser utopías irrealizables o fraudes sórdidos.

En suma, los modelos alternativos como el fascismo y el leninismo mostraron ser mucho peores que el capitalismo liberal que, pese a sus defectos, merece ser defendido. El siguiente paso de los neo-conservadores es interesarse por la crisis que sufre EEUU en los 70. Ellos ven que la crisis no tiene como componente principal la economía; los errores en el manejo de la economía derivan de otros elementos. Los neo-conservadores consideran que el centro del mal está en aquello que los antropólogos llaman "cultura" y los marxistas "superestructura".

Los valores del capitalismo: individualismo, culto al éxito, "espíritu de pionero", respeto a la ley, a la autoridad, a la familia y a la religión, han sido socavados por una "contra-cultura" difundida por intelectuales que, en el fondo, son anti-capitalistas y defendida por todos aquéllos a quienes conviene la excesiva intervención del Estado en la sociedad (planificadores urbanos, asistentes sociales y sociólogos que trabajan en programas gubernamentales). Lo grave para los neo-conservadores es que la élite intelectual de la Costa Este se hallaba contaminada por esta contra-cultura y, por tanto, algunas de las universidades más importantes y de los medios de comunicación mas influyentes difundían la "contra-cultura" o los "anti-valores".

Hubo aquí una actitud contraria a la tradicional élite intelectual y política de la Costa Este, la cual influencia los grandes medios de comunicación y publicaciones elitistas que han tenido más presencia entre "los que deciden". Esta actitud no es nueva; en la década de 1920 la prohibición puede ser entendida como la imposición de los sectores menos intelectuales del centro, el sur y el oeste¹¹.

En todo caso la crítica neo-conservadora impactó en amplios sectores debido a que, durante los 70 hubo una sensación de decaimiento en numerosos aspectos, como el incremento de la criminalidad, la violencia, el consumo de drogas; decadencia de los tradicionales valores familiares y morales, apología de las desviaciones sexuales y de la promiscuidad; repudio del patriotismo, especialmente entre jóvenes universitarios; presencia constante de

la pornografía, entre otros. Todas estas cosas sumadas a los problemas energéticos (primera sensación de vulnerabilidad en EEUU) y a la recesión con inflación, generó un marcado pesimismo en el futuro de Norteamérica.

El ciudadano de clase media que tiene familia constituida, hijos menores, que se siente respetuoso de la ley y de los valores norteamericanos, que se enorgullece de su nación puede fácilmente identificarse con quienes consideran que es indispensable retornar a los valores que hicieron grande al país.

Conociendo que existía una base potencial de apoyo muy grande, sobretudo en aquel sector que, mayoritariamente *vota*, los intelectuales de la "nueva derecha" iniciaron un proceso de divulgación que empezó en publicaciones elitistas como *Commentary* y que continuaba en grandes diarios y revistas, para llegar luego a periódicos estatales o locales.

No se trataba sólo de criticar la "contra cultura"; se buscaba alentar valores como la autoridad, la familia, el orden, la religión y la libertad en oposición a la igualdad¹².

La libertad estaba en peligro por culpa de la "obsesión igualitaria" que tenían los seguidores del 'new deal'; este igualitarismo no sólo era la causa principal del déficit fiscal y, por tanto, de la inflación, sino que llevaba necesariamente a un intervencionismo estatal de tal magnitud que perturbaba el desarrollo del capitalismo.

En suma, había un claro peligro que el socialismo se infiltrara lentamente, allí estaba la causa profunda de la decadencia de los valores y de la crisis económica.

La libre empresa no sólo debe premiar a los eficientes y capaces permitiéndoles lucrar; tampoco debe provocar que los exitosos paguen elevados impuestos para subsidiar a los pobres, que lo son por ineficientes, en suma *los valores de la igualdad, perturban los de la libertad*. La libre empresa también exige, a ojos de la "nueva derecha", que los empresarios tomen las decisiones fundamentales con la menor interferencia posible; en esto, el modelo estaba en los Presidentes de la década de 1920. Las principales perturbaciones venían por la búsqueda de la igualdad racial, la defensa de iguales oportu-

nidades a negros, latinos, mujeres; la preocupación, vista como "obsesiva" por el medio ambiente, debido a que los controles gubernamentales por esta razón, eran un estorbo a la decisión de los empresarios cuya lógica se centra en la maximización de utilidades. Las cortes de justicia fueron consideradas un elemento enemigo de la "libertad" debido a su tendencia a proteger derechos de minorías y grupos marginados¹³.

Desde fines de los 60 y principios de los 70 para los políticos de mentalidad conservadora era casi evidente que los medios de comunicación de la costa este, las universidades y prestigiosos centros académicos de esa región, estaban copados por gente que propiciaban un programa oculto, caracterizado por la destrucción de los valores tradicionales de EEUU; en suma se veía a esa élite como demasiado intelectualizada, a un grado tal que habían perdido el sentido de la diferencia entre el bien y el mal; se habían tornado cínicos y carecían de instinto para comprender los peligros que amenazan al país¹⁴. Cuando se inició el conflicto entre Nixon y la prensa (el caso Watergate) el entonces Presidente dijo a sus colaboradores: "la tendencia ideológica real del *New York Times*, del *Washington Post*, del *Time*, *Newsweek* y las tres cadenas de TV (ABC, NBC Y CBS) se orienta hacia la amnistía, la droga, el aborto, la confiscación de la riqueza, los incrementos masivos del bienestar (gasto social), la reducción de nuestras defensas y la rendición en Viet-Nam"¹⁵. Esa mentalidad era moderada en comparación con la de muchos de los que acompañaron a Reagan. La mentalidad conservadora se irritó aún más con la presidencia de Carter. En esos años la persistencia de problemas económicos permitió que las críticas de la derecha radical tuvieran un mayor impacto en amplios sectores del pueblo. De este modo se fue construyendo una corriente de "nueva derecha" que divulgaba sus ideas a través de un conjunto de medios de comunicación distinto al de los prestigiados de la costa este.

El impacto social fue creciendo a través de una hábil estrategia: los intelectuales conservadores eran "traducidos" a un lenguaje directo y popular en medios de mayor alcance o impac-

to social. Organizaciones religiosas ultra-conservadoras crearon un formidable aparato de difusión a través de algunos canales de televisión de nivel estatal, llegando a cubrir a más de 30 millones de televidentes a fines de los 70.

El retorno a la "ortodoxia" económica; la revaloración de la moral, la familia, la autoridad y el orden fueron los elementos centrales de la campaña ideológica que buscó "un nuevo comienzo" para lograr que, como decía el lema de campaña de Reagan "*hagamos que AMÉRICA sea grande otra vez*".

El Desafío Mundial

La política exterior no ha sido un tema central del debate político norteamericano; la tradición aislacionista y el carácter un tanto provinciano de la mayor parte de los norteamericanos que entienden poco al resto del mundo, han sido factores importantes. Otra razón fue que desde 1947 (inicio de la guerra fría con la Doctrina Truman) hubo en esta materia un *consenso bipartidario*, de este modo las diferencias eran de matiz y se consideraba casi de mal gusto hablar demasiado de ellas en las campañas.

Las cosas cambiaron con la guerra de Indochina; a fines de los 70 una parte de la ofensiva ideológica conservadora se centró en los temas de política exterior y de seguridad. La "escuela geopolítica" centrada en la Universidad de Georgetown señaló que EEUU podía perder la guerra fría: Jeane Kirkpatrick; Norman Podhoretz y el General Alexander Haig escribieron sobre el incremento del poderío militar soviético que abría una "ventana de vulnerabilidad" que podría conducir a la derrota¹⁶. Otro punto señalado hasta el cansancio fue el crecimiento de la influencia soviética en diversos países del Tercer Mundo, con lo cual la URSS podría apoderarse de los minerales de Africa y el petróleo del Medio Oriente, con lo cual Europa y Japón estarían a merced de los soviéticos y, a partir de allí, occidente habría perdido la guerra fría¹⁷.

Este conjunto diverso de fuerzas conservadoras contaban con el respaldo de importantes fundaciones como la "Hoover Institution" o la "Heritage Foundation"; este movi-

miento nacional buscó el poder político y encontró que lo más sensato era apoyar la candidatura de Ronald Reagan, un conservador tradicional y carente de toda sofisticación intelectual. Tenía grandes ventajas: se mostraba como hombre sencillo, del pueblo (aspecto que tiene atractivo desde los tiempos de Jackson); tenía un gran "manejo de escena" dado que había sido actor y éste es un elemento muy importante en la era de la televisión. Reagan se definió a sí mismo como "un político comunicador".

El apoyo al programa conservador tuvo un factor coyuntural muy favorable: la toma de rehenes norteamericanos en Teherán. Los republicanos explotaron muy bien el sentimiento de impotencia ante lo que se veía como una cruel humillación. La plataforma del partido republicano decía que la situación internacional era tan ominosa que el "experimento norteamericano" de una sociedad libre y próspera estaba en serio peligro ante los avances soviéticos en el Tercer Mundo; y el desarrollo sin precedentes del poderío militar de la URSS. De este modo, la política exterior estaba en un lugar destacado del debate político.

América Latina también fue parte de la discusión y de las propuestas alternativas de los reganistas. El Presidente Carter firmó los tratados del Canal de Panamá teniendo que enfrentar la dura oposición de los sectores más conservadores. El otro tema discutido fue la política de derechos humanos (DDHH).

En la tradición norteamericana, los DDHH son parte esencial de tradición política: la declaración de la independencia dice que los seres humanos "han recibido de su Creador derechos como la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad", la declaración dice también que si esos derechos son violados el pueblo tiene justificación para rebelarse. Las grandes guerras que EEUU libró tuvieron como motivación, directa o indirecta este asunto; la rebelión contra el poder colonial británico levantó esa bandera; la guerra de 1812; cuando en 1917 el Presidente Wilson declaró la guerra habló del sagrado derecho de los pueblos a decidir su destino, derecho negado por ese militarismo "sin honor"; Wilson añadió que los norteamericanos

no buscaban ni territorios ni indemnizaciones de guerra, sólo defendían el sagrado derecho de cada pueblo. En 1941, después de Pearl Harbor, Roosevelt se refirió a su país como el "arsenal de la democracia". Cuando George Kennan resumió la justificación ideológica de la "Doctrina Truman" contrapuso "libertad" (que equivale a DDHH) con totalitarismo (que supone su negación).

Carter encontró un elemento ideológico que no sólo ponía a la defensiva a los soviéticos y sus aliados, sino que permitía lograr interesantes objetivos en el mundo capitalista. La política de DDHH puso en el primer plano la *cuestión de la democracia en el Tercer Mundo y, particularmente en América Latina*, por ser ésta la región más occidentalizada del mundo en desarrollo y con mayor tradición de gobierno representativo.

La aplicación de esta política (asunto muy importante para comprender a la futura administración Clinton) no fue fácil. El primer aspecto que destaca en el sistema de toma de decisiones lo señala el investigador del CIDE Luis Maira: él dice que, en EEUU "no existe un actor nacional unificado"¹⁸. Esto quiere decir que, para llegar a una decisión política existe previamente una sorda pugna al interior del aparato estatal, de forma tal que la decisión final es fruto de una transacción o acuerdo entre las tendencias más importantes.

En el caso de la política de DDHH los mayores defensores fueron funcionarios de confianza del Presidente colocados en cargos en la Casa Blanca o en el Departamento de Estado; en tanto que la corriente rival, aquella que aceptando, en teoría, la tesis presidencial, buscaba vaciarla de contenido, era defendida por funcionarios de carrera del Departamento de Estado, por las autoridades del Pentágono y, desde fuera del gobierno, por los hombres de negocios. La política presidencial era respaldada desde fuera por numerosas iglesias y por las organizaciones defensoras de los DDHH.

De este modo, cada facción buscó interpretar a su modo las palabras del Presidente y las discrepancias llegaron a ser públicas entre el diplomático de carrera, Terence Todman (blando con las dictaduras) y el Subsecretario

de Estado, Warren Cristhopher (duro con los violadores de DDHH).

Estas pugnas internas han permitido, y permiten hoy, un cierto margen de juego para Organizaciones No Gubernamentales o gobiernos de países pequeños. De este modo, desde fuera de EEUU, es posible organizar un "grupo de presión", que en EEUU es un asunto legalizado y perfectamente legitimado, para influir en la toma de decisiones.

Para hacer más completo el panorama, es necesario recordar que las decisiones no dependen sólo del poder ejecutivo; existen otros actores políticos significativos: los medios de comunicación; el Congreso; las organizaciones de la sociedad civil. Todos ellos pueden recibir influencias desde fuera de Norteamérica.

Maira explicó como actuaron los opositores de las dictaduras de Anastasio Somoza y Augusto Pinochet, para lograr un consenso favorable en los medios de comunicación; el Congreso e incluso sectores de la burocracia. De este modo, es posible concluir que un país pequeño como el nuestro puede lograr, con una inteligente política exterior, una mayor comprensión de problemas como los DDHH y el narcotráfico, quizá el único punto en que el Perú ingresa en la agenda de los estadistas norteamericanos. Pero, para lograr este objetivo es indispensable contar con un Cuerpo Diplomático profesional, con moral elevada, seguridad y ajeno a las arbitrarias intervenciones del poder.

La política de DDHH de Carter tuvo incongruencias, serias limitaciones y fue saboteada desde dentro por algunos sectores influyentes del aparato gubernamental; pese a ello, le dio una dimensión moral a la política exterior de EEUU y, en el caso de nuestra región tuvo logros significativos: apertura política y procesos electorales en Bolivia, Ecuador, Perú, Honduras y El Salvador. Las dictaduras más represivas (Argentina, Uruguay y Chile) fueron vapuladas y debilitadas, fortaleciéndose la oposición. La dictadura dinástica de Somoza se debilitó a tal grado que se hizo posible el derumbe de ese repudiable régimen. En El Salvador, la administración Carter propició la caída de una sangrienta dictadura tradicional y su

reemplazo por un gobierno civil-militar ligado a la Democracia Cristiana.

La política de DDHH fue furiosamente criticada por los sectores conservadores que apoyaron a Reagan; quien más destacó en estas críticas fue la señora Jeanne Kirkpatrick. Ella sostenía que la democracia requiere de un cierto nivel de desarrollo socioeconómico y cultural; antes de llegar a ese nivel, lo mejor es un régimen autoritario que modernice la sociedad. A diferencia de un gobierno "totalitario", el autoritarismo no interfiere en la vida personal o familiar, sólo es represivo en materia política, quien "no se mete en política" no sufre las consecuencias. En cambio, los regímenes totalitarios no sólo son más represivos, sino que suelen ser marxistas y anti-norteamericanos.

Para Kirkpatrick pretender democratizar un país tradicional, es muy peligroso, dado que los grupos totalitarios (básicamente marxistas) pueden capturar el poder gracias a los desórdenes que trae el fin de una dictadura tradicional¹⁹. Carter debilitó aliados como el Sha o Somoza para que llegaran al poder enemigos como los fundamentalistas o los sandinistas.

La supuesta debilidad de la defensa militar de EEUU y la política de DDHH fueron las críticas más repetidas a la administración Carter. Sin embargo, una vez que Reagan y Bush asumieron la presidencia aplicaron una política muy semejante a la de Carter en materia de DDHH. Reagan se comportó ante "Baby Doc" y Ferdinand Marcos de modo muy similar a Carter. De otro lado, las restricciones a la ayuda económica por violar DDHH siguieron vigentes, tal y como el Perú lo sintió en carne propia.

Las razones son varias: una de ellas es que la política de DDHH adquirió su propia dinámica en el Congreso, los medios de comunicación, las iglesias, las organizaciones privadas especializadas en esta materia y sectores de la burocracia del gobierno federal. En EEUU es muy difícil un cambio político muy drástico, por tanto, casi siempre permanece parte importante de la herencia de administraciones anteriores.

Otra razón importante ha sido el gran cambio sufrido en los últimos cinco años conocido como la "*revolución de la libertad*"; no sólo terminó la guerra fría, sino que con ella dejó de existir el gran pretexto para apoyar o tolerar dictaduras en esta región: "*el peligro comunista*".

Al lado de este gran impulso que tuvo en los últimos años la democracia política, se vivió un proceso similar en lo que respecta al modelo económico; la corriente que, en América Latina denominamos "neo-liberal" se impuso en el campo económico, no sólo en EEUU, sino en países europeos, principalmente en Gran Bretaña. En nuestra América el proceso tuvo ciertas particularidades que es necesario mencionar.

En los años 60 imperó como criterio dominante un conjunto de concepciones que postulaban: la intervención estatal para redistribuir el ingreso; reforma agraria; planificación concertada; apoyo a la actividad empresarial del Estado; proteccionismo industrial; integración dentro de los parámetros ya mencionados.

EEUU dio su apoyo a este modelo de desarrollo a partir de la administración Kennedy²⁰. Abandonando el énfasis en el apoyo a la empresa privada, los asesores del Presidente Kennedy consideraron que sin un impulso transformador y desarrollista, una auténtica "revolución democrática", era imposible crear las democracias sólidas y viables, capaces de frenar la subversión que alentaba Fidel Castro.

Más adelante vino una etapa en la cual políticas económicas que ponían énfasis en la empresa privada, la "ortodoxia", las privatizaciones y la apertura, se dieron en el contexto político de férreas dictaduras cuyo récord de violación de DDHH fue impresionante. De este modo el neo-liberalismo económico, no fue una parte fundamental de la consolidación de una sociedad libre, tal y como lo sostenía, por ejemplo Friedman, sino que fue el amargo fruto de la imposición dictatorial.

El Ex-Canciller chileno Orlando Letelier publicó en EEUU, un artículo (reproducido en castellano en: *Le Monde Diplomatique*), en el cual señalaba que la "ortodoxia económica, tan alabada por sectores representativos de EEUU

y por numerosos funcionarios internacionales, era la cara opuesta de la violación sistemática de DDHH, repudiada por esas mismas gentes". En resumen, para Lettelier, el "neo-liberalismo" tenía que ser impuesto a sangre y fuego por una dictadura responsable de más de 20 mil muertes.

En EEUU no hubo nada parecido; se trata de realidades muy distintas. En primer lugar, en Norteamérica no existen ideologías alternativas a la democracia liberal y el capitalismo. La vida política se desarrolla dentro de un consenso que admite como parámetros generales los dos elementos mencionados; por ello, EEUU es el único país avanzado que no tiene un significativo movimiento obrero inspirado por las corrientes socialistas (el socialismo de la AFL desapareció a fines del XIX).

Tampoco existe en EEUU un movimiento político de carácter autoritario o totalitario que sea significativo socialmente; los movimientos anti-democráticos de extrema derecha siempre han sido minoritarios y un movimiento *conservador*, de estilo europeo, no ha existido, ni existe. Por tanto, el retorno a la ortodoxia capitalista, dentro del nuevo contexto propugnado por los neo-conservadores, se dio dentro de los parámetros políticos norteamericanos, es decir en medio del respeto al estado de derecho; y, en el contexto de un ambiente político caracterizado por la negociación, el entendimiento y la transacción. Samuel Huntington señala que la "clase política" de Norteamérica está dominada por abogados y, por ello, buscan y aprecian el acuerdo y la transacción por encima del conflicto. Asimismo, la clase política norteamericana cree en los cambios moderados y consensuales, por lo cual se debe concluir que el "nuevo comienzo" reaganista fue un proceso moderado y no una ruptura con lo anterior.

Por tanto, el proceso político de EEUU era muy distinto del latinoamericano; en una primera etapa de la administración Reagan mejoraron las relaciones de Norteamérica con algunas dictaduras del continente, en especial Argentina y algunos autoritarismos de América Central. En los primeros tiempos, la política norteamericana se obsesionó con Centroamérica y sufrió una "fijación" anti-sandinista, apo-

yando a los ex-guardias somocistas, primeros integrantes de lo que luego se llamó la "contra".

Como los dirigentes del ejecutivo norteamericano no deseaban asumir el costo de la intervención directa, encontraron a un diligente servidor, dispuesto a realizar, sin vergüenza alguna, el trabajo sucio. Este servidor fue la dictadura militar argentina. Sin embargo, el idilio se rompió bruscamente cuando la Junta, encabezada por el hoy tristemente célebre general Leopoldo Fortunato Galtieri, decidió dar el "salto al vacío" de la ocupación de las islas Malvinas.

La Sra. Kirkpatrick sostenía que los regímenes autoritarios no eran expansionistas, a diferencia de los totalitarios. Esta teoría fue vista como una simple falacia por gran parte de la élite norteamericana, luego del 2 de abril de 1982. Además de ello, los esfuerzos de la Embajadora ante las (Naciones Unidas) NNUU para salvar a la dictadura sudamericana fracasaron estrepitosamente porque el Secretario de Estado, Alexander Haig, logró que la inmensa mayoría de la burocracia, el Congreso, la prensa y la opinión pública lo acompañaran en su defensa del principal aliado de Norteamérica: Gran Bretaña.

Aquí se inició la decadencia de los defensores del autoritarismo en América Latina. La perestroika y el fin de la guerra fría impulsaron cada vez más a los defensores de la vigencia de la democracia en estas latitudes. En la actualidad existen una serie de resoluciones aprobadas en Asambleas de la Organización de Estados Americanos (OEA) que buscan hacer real el compromiso de la organización con la democracia representativa. Esta nueva actitud de la organización continental sólo ha sido posible debido a que EEUU decidió dar un impulso a la democratización del continente.

La administración Bush vivió el fin de la guerra fría, de modo que hubo una sutil diferencia de matiz con su antecesor. El Presidente Bush profundizó una línea de creciente interés por el respeto por los DDHH y defensa de la vigencia de la democracia.

Para los defensores sinceros o vergonzantes de las dictaduras y atropellos a los DDHH, en la actualidad ha ocurrido algo alar-

mante y cuestionable: la doctrina Estrada fue dejada de lado, en favor de la doctrina Betancourt; es decir, el principio de la no-intervención en los asuntos internos, la *base de la soberanía de cada Estado*, ha sido reemplazado, de hecho, gracias a las últimas resoluciones de la OEA, por un planteamiento que prioriza la defensa colectiva de la democracia, colocando a la OEA como una especie de "ente superior" que tutela a los Estados soberanos.

En verdad, la aplicación de la doctrina Estrada, fue la coartada para que, al interior de la OEA, se olvidaran principios básicos de su Carta como el respeto por los DDHH, y, la defensa de la democracia representativa. De este modo, a lo largo de tristes décadas una serie de regímenes dictatoriales que atropellaban en forma brutal los derechos de miles de seres humanos eran acogidos con la única obligación de rendir hipócrita homenaje a principios violados.

Si la hipocresía es el homenaje involuntario que el vicio le rinde a la virtud; la virtud democrática fue homenajeadada verbalmente, durante aquel tiempo en que la guerra fría llevó a que en EEUU se aceptara, aún como mal menor, una serie de dictaduras en esta región.

El Presidente Clinton inicia su administración en un contexto muy distinto; no existe un grupo que presione en favor de las dictaduras; sobre el camino ya iniciado en tiempos de Bush, el Señor Clinton podrá trabajar aquellos temas que, según aparece de lo que ahora conocemos, le interesan más: ecología, defensa de la democracia y los DDHH, lucha contra las drogas. En el ámbito regional, las últimas resoluciones de la OEA establecen una automática reunión de consulta cada vez que la democracia se interrumpe; el objetivo de esa reunión es tomar medidas que, de una u otra forma, significan una presión sobre el posible régimen ilegítimo. Sobre este asunto conocemos bastante en nuestro país debido a que la OEA obligó al gobierno peruano a modificar su proyecto original.

Clinton y el Mundo "Unipolar"

Durante la campaña, el Presidente Bush llegó a decir que su perrita sabía más de

política exterior que el señor Clinton; tras esta frase se escondía no sólo la desesperación de quien sabía que su derrota era inminente, sino el orgullo del mandatario que dirigió a su país durante la victoria en la guerra fría. Que lejos estamos del tremendismo de la convención republicana de 1980; de las campañas de terror para exigir incremento del gasto militar porque los soviéticos podían ganar la guerra fría; estamos también a años luz de distancia de las burlas a todos aquellos que, como Schlessinger, decían que tras la aparente solidez de la URSS, se ocultaba un gigante de pies de barro, como aquel del sueño de Nabucodonosor, interpretado por Daniel.

Todo ese diagnóstico elaborado para justificar el militarismo mostró ser falaz y engañoso; los soviéticos no sólo no estuvieron nunca al borde de ganar la guerra fría sino que *era imposible que lo hicieran*.

Nixon dice que muchas veces en la historia los pueblos civilizados y cultos sucumben ante potencias brutales, porque estas últimas dominan la fuerza militar²¹. Sin embargo, el Ex-Presidente no quiso tomar en consideración el asunto de la tecnología. En nuestra era, más que en ninguna otra, la fuerza militar está ligada muy estrechamente a la capacidad tecnológica; los rusos sintieron este problema de inferioridad técnica desde los días de Pedro I, pero no lograron igualar, ni menos superar, a occidente.

Gorbachov inició su ambicioso conjunto de reformas teniendo como objetivo principal superar la brecha tecnológica; fracasó, pero este fracaso demostró el error de los tremendistas de la derecha norteamericana que partían de una visión errada de la URSS.

El derrumbe del "campo socialista" se debe a la suma de varias estrategias: la detente de Nixon que hizo más estrechos los vínculos económicos entre los dos sistemas; los DDHH de Carter, que dio fuerza a la disidencia y difundió valores inspirados en el liberalismo; el armamentismo de Reagan que mostró la incapacidad de los soviéticos para construir un sistema IDE.

La caída del "socialismo real" fue la gran victoria ideológica de EEUU. A partir de

allí el valor de la libertad política, del gobierno elegido, el respeto a los DDHH, la división de poderes; en suma, el credo del liberalismo político inspirado en la independencia de EEUU y en la revolución francesa, se difunde por Europa central y oriental, extendiéndose por el Tercer Mundo.

A Europa del centro y del este se sumaron en la "revolución de la libertad" países árabes, africanos y latinoamericanos; el "apartheid" inició su derrumbe; en China creció el fermento anti-totalitario. En suma, los regímenes no democráticos empiezan a ser minoría.

No hay desafío ideológico, por ello hay quienes con gran apresuramiento se atreven a hablar del "*fin de la historia*" como si todo tipo de conflicto hubiera desaparecido. La bipolaridad mantuvo vivo un sentimiento de "patria en peligro" que hizo, a su vez, que el gran desafío fuera un elemento de consenso interno, tal y como lo señalara George Kennan en el lejano 1947.

La sensación de una amenaza externa fue también la gran justificación para el mantenimiento y el desarrollo del "complejo militar-industrial" que tantos beneficios otorgó a buena parte de los grandes conglomerados del capitalismo norteamericano. Bush fue el Presidente del puente entre dos eras, pero sus reflejos seguían apegados al mundo bipolar; lo prueban algunos de sus planteamientos: mantenimiento del programa IDE (no sabemos para qué); continuación de la presencia militar de EEUU en Alemania; negativa a una drástica disminución del gasto militar, especialmente en armas estratégicas.

Clinton pertenece a un mundo cultural distinto: un sureño que vivió de joven la lucha por los derechos civiles (quizá la mayor movilización popular en la historia norteamericana de las últimas décadas); fue contestatario y crítico frente a la guerra de Viet-Nam. Su inexperiencia en política exterior puede convertirse en un factor importante para que realice una política creativa, innovadora e interesante.

Ésta es una de las paradojas de la política; la experiencia es un factor muy importante y positivo en situaciones "normales", es decir, aquéllas en las cuales el pasado da la pauta del

futuro. El mundo de la post guerra fría es absolutamente nuevo, ni siquiera sabemos como estará estructurado, ni cuáles serán las principales rivalidades o contradicciones de los próximos lustros.

En un contexto absolutamente inédito la experiencia está ligada al mundo anterior y tiende a generar reflejos del pasado. Clinton ha tenido, hasta el momento, una mentalidad abierta a los cambios, un tipo de actitud flexible capaz de cuestionar lo existente (el racismo, la guerra de Indochina) y ello lo equipa para afrontar el nuevo mundo lleno de nuevos desafíos.

El primero de ellos es económico; EEUU tiene que recuperar el dinamismo para poder enfrentar el avance de Europa y Asia oriental. El Presidente Bush se preocupó de ello, y, para enfrentar el desafío del futuro ha tratado de construir un gran bloque económico, integrando a EEUU con Canadá y México. Clinton tratará de priorizar la recuperación de la economía norteamericana, su programa parece destinado a disminuir el déficit fiscal y, paralelamente, a reiniciar un crecimiento económico sostenido.

A partir de esta recuperación, Clinton ha prometido ser cauteloso en el asunto de la integración con sus vecinos, pues no desea agudizar los problemas sociales dentro de su país, pero, en lo fundamental, el proceso marchará. En lo referente a los grandes lineamientos de las relaciones de EEUU con el mundo desarrollado y con los países del ex-bloque soviético, no se perciben modificaciones importantes. En cambio si es posible avizorar el inicio de transformaciones interesantes en aspectos muy importantes para el futuro de la humanidad. El primero de ellos, como ya lo mencionamos, es el referente a la conservación del medio ambiente. No es posible conocer los planes, y menos aún las políticas de la nueva administración, pero resulta interesante plantear algunos elementos básicos de los problemas existentes.

El primer desafío se encuentra en las relaciones "Norte-Sur"; se trata de un asunto que tuvo importancia a nivel oficial durante la administración Carter, pero que fue rápidamente desdeñado durante la era de Reagan,

porque para la extrema derecha, el asunto obsecivo era la guerra fría.

La división de la humanidad entre una minoría opulenta, que derrocha recursos agotables y contamina el planeta, y, una mayoría muy pobre cuyos problemas afectan ya y afectarán más al Norte tendrá que ser asunto prioritario para la nueva administración. El Sur pobre no sólo incrementa irracionalmente su población, sino que la miseria obliga a la destrucción de los bosques y el daño al eco-sistema; si las cosas no cambian, no sólo el daño a la naturaleza será mayor (y esto afectará también a la parte rica de la humanidad), sino que se incrementará el cultivo ilegal de drogas y la migración clandestina al mundo desarrollado.

La tecnología ha llevado a que se viva en un mundo de corresponsabilidades: los actos de unos repercuten en el resto y los males del mundo son generados en diversas partes; pero, lo más importante es que *nadie puede permanecer al margen: todos nos salvamos o todos destruimos el planeta*; los ricos ya no pueden voltear el rostro y no mirar; y, lo saben.

De este modo, enfrentar este gran problema que, sin duda marcará el siglo XXI, tiene mucho que ver con la relación entre la futura administración y nosotros, sudamericanos, tercermundistas (aunque no nos guste) y subdesarrollados, exportadores de coca y con una muy particular coyuntura política.

Nosotros: ¿Algo Más que una Pequeña Molestia?

Quizá para muchos peruanos este punto sería lo único interesante de todas estas páginas; es que, en verdad, los peruanos somos bastante provincianos, amamos todo lo extranjero, pero queremos saber muy poco acerca de lo ocurre mas allá de nuestras fronteras. Se dice, y con bastante razón que algo semejante les ocurre a los norteamericanos. Ahora bien, si es un error no preocuparse del mundo, se trata de un pecado venial en una super-potencia, y, de algo mucho más grave en un país dependiente como el nuestro.

Queremos empezar por ello, con la visión existente en nuestra Patria acerca de EEUU y su relación con nuestra vida política.

Una idea muy extendida la expresó, durante un programa radial, un distinguido abogado, entonces candidato al Congreso Constituyente Democrático (CCD) en la lista oficialista, el día de las elecciones en EEUU. Manifestó este personaje que no tenía importancia lo que ocurriera en nuestro vecino del norte, porque la política de ese gran país no se modificaría, por tanto "perdemos el tiempo" aseguró. Las consecuencias de ese tipo de mentalidad son muy graves, una de ellas la hemos sufrido luego del célebre 5 de abril de 1992. Más allá de lo que pueda pensarse en torno a la disolución del Parlamento y la acumulación de todo el poder en las manos del Presidente, es indiscutible que, en la cúpula del poder, *nadie pensó en la variable internacional. Nadie se preguntó si la comunidad mundial aceptaría o no esos acontecimientos*. Ni siquiera el Ministro de Economía, un hombre muy ligado al mundo exterior (por lo menos en el plano de su especialidad) fue capaz de imaginar la reacción mundial; no se consultó con funcionarios de la Cancillería, institución despreciada por el poder, lo cual constituye una nueva y peligrosa muestra de provincianismo que puede afectar gravemente la seguridad nacional.

La reacción de EEUU y de la OEA sorprendió a los gobernantes peruanos, pese a que el entorno mundial es conocido, ya que la OEA aprobó una resolución estableciendo una reunión de consulta obligatoria en caso de ruptura del orden constitucional en algún país. Curiosamente dicha resolución fue aprobada luego de julio de 1990, con el voto favorable de nuestro país.

El peligro era muy grave: nuestro país se exponía a sufrir un aislamiento diplomático y comercial, a nivel de este continente; es necesario considerar además que la Comunidad Económica Europea (CEE) expresó muy claramente, que su actitud se inspiraría en las resoluciones que adoptara la organización continental.

Cuando el Jefe de Estado comprendió la gravedad del asunto actuó, como es su cos-

tumbre, en base a sus "buenos reflejos": se presentó en la reunión de Bahamas y modificó su cronograma para adecuarlo a los requerimientos de la organización regional.

De este modo se impidió lo peor, pero, pese a ello, el daño no desapareció del todo: la reinsersión en el mundo financiero, una de las mayores prioridades del régimen, se vio seriamente perturbada; además de ello, el Perú fue un país sometido a una especie de "régimen de vigilancia especial" que, según algunos internacionalistas, creaba una situación atentatoria contra la soberanía nacional (al respecto resulta interesante ver la exposición del Dr. Alejandro Deustua en un reciente seminario organizado por el CEPEL sobre las relaciones Perú-EEUU).

Un examen de la situación al interior de la OEA permitía descubrir que los países que asumieron una línea "dura" e intransigente con la actitud del gobierno peruano fueron: Canadá, Costa Rica, Venezuela, Argentina y algunos de los países anglo-parlantes del Caribe. Por el contrario, la línea "blanda" fue adoptada sobretudo por los países limítrofes; EEUU estuvo entre aquellos que no definieron marcadamente una actitud, en tanto que Uruguay, adoptó la línea "blanda" quizá porque no le era posible ninguna otra, dado el espíritu de su canciller.

No es difícil concluir que las cosas no salieron peor para el gobierno peruano debido a que EEUU no adoptó una actitud, por ejemplo, similar a la de Canadá; el Presidente Bush, si bien defiende la línea democrática no lo hace con la fuerza con que, según lo indican las apariencias lo haría la administración Clinton o, por lo menos, el Secretario Warren Cristhopher.

La oposición al gobierno peruano tampoco tomó en cuenta el factor internacional. Un punto decisivo para todos los partidos fue decidir si participaban o no en el CCD; los que no lo hicieron no sólo no querían prestarse a lo que consideraban un "juego" del poder para "legitimar una democracia aparente", sino que temían que un CCD con un fuerte peso opositor condujera a una nueva disolución del poder legislativo. Este temor tampoco tomó en consideración el aspecto internacional; es decir, ellos no consideraron que el gobierno peruano no

podría dar un segundo "auto-golpe" con Clinton en la presidencia de EEUU.

Más allá de los problemas coyunturales en la relación entre nuestro país y ese gran vecino que fue el único país del continente que se transformó en potencia mundial, existe una diferencia de orden cultural que sale a la luz por sus manifestaciones políticas. Los norteamericanos tienen como raíz histórica a una migración de disidentes religiosos, es decir, en última instancia, de rebeldes y contestatarios que deseaban una "tierra prometida" para practicar su culto libremente; a la sed de libertad se sumó la ética protestante que no sólo implica la sacralización del trabajo, el éxito y el ahorro, sino que, gracias a la *libre interpretación de la Palabra*, ayudó a generar una mentalidad según la cual cada persona piensa con su propia cabeza y no se limita a repetir lo que otros (con autoridad) sostienen.

En estas latitudes, los europeos que llegaron no eran disidentes sino "leales súbditos" y, una vez que rodaron las cabezas de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carbajal y Hernández Girón, terminó el espíritu levantisco de los "peruleros" y el virreinato impuso el espíritu servil y las corruptelas burocráticas. De otro lado, el catolicismo post-Trento no fomentaba el criterio propio, por el contrario, se desalentaba la lectura de la Biblia y se exigía una absoluta sumisión.

Entonces, en tanto los anglo-sajones tuvieron una base sociocultural para la libertad y una larga práctica de auto-gobierno (anterior a 1776), nosotros tenemos una base sociocultural que nos conduce al dogmatismo y a la sumisión; nuestra historia es de despotismo, Incas y virreyes fueron autócratas. La conclusión de González Prada era cruel: "*nuestra columna vertebral tiende a inclinarse*". La libertad no sólo es un don, también es una carga, porque genera responsabilidad; nuestra tradición autoritaria nos lleva a entregar fácilmente nuestra libertad a cambio del plato de lentejas de un autócrata paternalista que da la imagen de solucionar problemas que sentimos demasiado difíciles.

Los discursos de la Canciller de Canadá y del Secretario de Estado de EEUU en la

Asamblea de la OEA constituyen una clara expresión de la diferencia de mentalidad entre los anglo-sajones y nosotros.

El problema existente en nuestra relación, puede complicarse con la administración Clinton, debido al ya conocido énfasis en el tema de los DDHH. En los días finales de la administración Bush, el Subsecretario Bernard Aronson señaló de manera explícita, que la naturaleza de los vínculos entre nuestros países dependería de la situación de los DDHH en nuestro país (el Subsecretario se refirió también al pago de la deuda, un asunto evidente); de este modo coincidía con lo expuesto por un funcionario del Departamento de Estado, dos meses antes (en un seminario organizado por el CEPEI), el diplomático norteamericano en esa ocasión fue aún más específico que Aronson, pues mencionó las desapariciones en Huancayo y la matanza de Barrios Altos. Estos conceptos fueron después reiterados por el Subsecretario de Estado para asuntos latinoamericanos, Bernard Aronson, en una publicitada "teleconferencia".

Podemos tener claro, entonces, que hay varios acontecimientos que, en los últimos años, han perturbado la relación bilateral: el problema de la deuda externa; el gobierno de Belaunde suspendió los pagos; posteriormente, el régimen de Alan García no sólo limitó severamente el pago, sino que buscó crear una corriente internacional de deudores, dispuestos a actuar solidariamente en este asunto. La Cancillería peruana logró aprobar en distintos foros políticos resoluciones en torno al tema de la deuda y, el Presidente García pronunció un discurso ante la Asamblea General de NNUU que generó, más adelante, un violento intercambio de palabras con el entonces Secretario de Estado, George Schultz.

Con respecto a la política en relación a Centroamérica, el gobierno peruano no sólo criticó la ayuda norteamericana a los "contras", sino que impulsó el "grupo de apoyo" a Contadora, tratando de impedir la intervención militar de EEUU en la zona. Por último la actitud del gobierno del Presidente García frente a la invasión de Panamá fue un elemento más de irritación para la administración Bush.

El gobierno del Presidente Fujimori fue bien visto en Norteamérica debido a la política económica: el severo ajuste anti-inflacionario; la política de privatizaciones, y, más adelante, las negociaciones destinadas a lograr la "reinsersión" de nuestro país en el sistema financiero y el pago de parte de la deuda atrasada con los organismos multilaterales, constituyeron elementos que apoyaron una mejor relación.

El principal punto de fricción se dio en torno a un asunto, que para EEUU, es de primera importancia: el narco-tráfico. El gobierno peruano partió de una óptica distinta (elemental desde la perspectiva peruana) lo cual llevó a nuestro país a colocar en el centro del debate a los campesinos que, por razones económicas, se ven obligados a cultivar coca.

Este problema estaba empezando a ser superado cuando el Presidente Fujimori, sin consultar previamente este gravísimo asunto con sus ministros y, *sin tener la menor idea del impacto internacional*, decidió disolver el poder legislativo, intervenir la Corte Suprema, disolver el Tribunal de Garantías Constitucionales; poner fin a la autonomía del BCR, el Ministerio Público y la Contraloría, terminando con la división de poderes, principal pilar de la democracia, y asumiendo el poder omnímodo.

Este "auto-golpe" se realizó cuando estaba en Lima el Subsecretario Bernard Aronson, quien suspendió inmediatamente la visita. De otro lado, los medios de comunicación informaron que el Presidente Bush se comunicó directamente con el mandatario peruano. De este modo, por razones distintas, el Perú aparecía nuevamente como una especie de tábano que le creaba disgustos a la administración norteamericana.

Las elecciones de noviembre y la instalación del CCD parecen haber sido más que suficientes muestras de que todo retorna a la normalidad, para países cercanos geográficamente al nuestro, y para cancilleres con una actitud más que blanda, como el señor Hector Gross, pero las cosas no serán tan fáciles con la administración Clinton.

Sabemos que una de las pocas declaraciones del Sr. Clinton sobre la región fue su interés en apoyar la democratización de Cuba,

Haití y Perú; si a esto sumamos la designación de Warren Cristhopher como Secretario de Estado, ello permite predecir, sin ser pitoniso, que EEUU tratará de ser más y no menos exigente que bajo la administración Bush. Si observamos las declaraciones del Sr. Aronson, veremos que para él, no es suficiente las elecciones y el funcionamiento del CCD, se quiere un real respeto por los DDHH y por las libertades democráticas.

Sin embargo, este tipo de exigencias chocan con el estilo no sólo autoritario, sino arbitrario e "informal" del actual régimen peruano. La situación de los militares encausados por el intento de golpe es prueba de ello: el trasladarlos a una cárcel, en base a un decreto aplicado retroactivamente, hiere los fundamentos mismos del orden jurídico occidental, existente desde fines del siglo XVIII; las denuncias de torturas son otros elementos conflictivos. La presencia del extraño y, al parecer todopoderoso asesor Vladimiro Montesinos, ha sido objeto de despliegue publicitario en algunos medios de comunicación norteamericanos, lo cual no ayuda a una mejora de los vínculos.

La mejor forma de iniciar una fructífera relación con la administración Clinton tendría que ser, tratar de impulsar una democratización real; es decir, buscar la independencia y autonomía de los poderes e instituciones (BCR, Ministerio Público, Cuerpo Diplomático, FFAA) y, complementariamente, buscar alguna forma de *acuerdo nacional* con las diversas instituciones representativas de la sociedad civil (incluyendo a los partidos políticos).

De este modo será posible utilizar en favor del país aquellos aspectos indudablemente positivos del actual gobierno, como la mejora de relaciones con el mundo financiero y la mayor decisión en la lucha anti-subversiva, caracterizada por: fuerte impulso a las rondas; legislación más adaptada a nuestra realidad (jueces "sin rostro"; tribunales militares; penas más severas) y fin del desorden que permitía a los subversivos controlar los centros de detención.

Es necesario reconocer asimismo que la clase política, demasiado apegada al derecho, propio de situaciones normales, fue incapaz de legislar en función del estado de guerra interna que vivimos. Pero, estos hechos son difícilmente comprendidos por el mundo exterior, sobretodo cuando el gobierno, sin que ello tenga nada que ver con el problema subversivo, aparece como arbitrario e injusto represor de opositores democráticos.

En resumen, el estilo autoritario de nuestro gobierno y la tradición autoritaria de nuestro país son obstáculos para una fluida y positiva relación entre el Perú y la administración Clinton.

Una lamentable manifestación de ese espíritu arbitrario que borra lo positivo del régimen, ha sido la "reorganización" del Ministerio de Relaciones Exteriores, reorganización que parece desconocer las características especiales de dicho Ministerio y que puede perturbar nuestra política exterior al expulsar profesionales de muy alto nivel y generar la inseguridad y el desconcierto en una institución a la cual han pertenecido peruanos ilustres, reconocidos mundialmente.

Iniciaremos nuestra relación con la administración Clinton teniendo en el activo, las victorias contra la subversión; los esfuerzos en favor de la reinsersión con el mundo financiero, así como la imagen de dinamismo y pragmatismo. En el pasivo están: la quiebra de la democracia; las cotidianas arbitrariedades; las amenazas a la libertad de expresión y la hostilización a opositores democráticos.

Lamentablemente, para esta difícil relación tendremos una Cancillería muy debilitada, por las razones ya mencionadas.

Como conclusión final debemos señalar que resulta imposible predecir el curso de las relaciones bilaterales, pero que esta situación, con todos sus riesgos, resulta muy interesante para el observador, debido a que la especial coyuntura permite observar los problemas generados por dos culturas y tradiciones políticas muy distintas.

NOTAS

1. Ver los análisis de Luis Maira y Carlos Rico. En: *Cuadernos Semestrales*. CIDE.
2. *Ibidem*.
3. Declaraciones transmitidas por radio desde Nueva York, vía Cadena Solar, el día de las elecciones.
4. Ver Paul Johnson. *Tiempos Modernos*. Caracas: Ediciones Aldafil, 1988, Cap.6 y 7.
5. Ver Paul Johnson. Op. cit. Cap.6.
6. Ver *Ibidem* Cap.7 y Arthur Schlessinger. *Los Mil Días de Kennedy*. Barcelona: Ediciones Ayma, 1966, Cap.1.
7. Ver Henry Kissinger. *Mis Memorias*. Buenos Aires: Editorial Atlántida, 1980, Cap.1.
8. Ver Henry Kissinger. Op. cit. Cap.1.
9. Ver Henry Kissinger. Op. cit. Cap.1 y 2.
10. Ver Arthur Schlessinger. Op. cit. Cap.2.
11. Ver Paul Johnson. Op. cit. Cap.6.
12. Ver Cuadernos CIDE México: *La Comisión Trilateral* "Informe sobre la Gobernabilidad de la Democracia".
13. Ver Paul Johnson. Op. cit. Cap.19.
14. Ver Richard Nixon. *La Verdadera Guerra*. Barcelona: Editorial Planeta, 1983, Cap.3 y 5.
15. Paul Johnson. Op. cit. p.652.
16. Ver Richard Nixon. Op. cit. Cap.1.
17. Norman Podhoretz. "El Peligro Presente". En: *Comentary*. Este texto se publicó en castellano en un Cuaderno CIDE, titulado: "La Administración Reagan y los Límites de la Hegemonía Norteamericana". México: 1980.
18. Exposición de Luis Maira en un Seminario desarrollado en DESCO, 1982.
19. Ver Cuadernos CIDE. "La Administración Reagan y los Límites de la Hegemonía Norteamericana".
20. Ver Arthur Schlessinger. Op. cit. Cap.7 y 8.
21. Ver Richard Nixon. Op. cit. Cap.5.